

# Turbocrónicas

## MARCO AURELIO CARBALLO

A la memoria de Alberto Domingo,  
maestro y amigo.

### La sombrilla escarlata

Esta mañana, tío Hugo, caminaba por la acera sur de Francisco Sosa y antes de llegar a tu ex casa me pasé a la otra acera. El árbol de buganvilia estaba floreciente. Su copa como sombrilla escarlata me levantó el ánimo centímetros arriba de las baldosas. Es que atravieso por mi etapa roja, que no es el color de la depresión, pero sí de la neurosis. Puerta y ventana estaban cerradas. En la cochera vi un VW rojo. Yo acababa de tomar dos cafés y una dona en la Gandhi. Me sentía con vigor para dar grandes zancadas hacia la casa, pero llevaba el espíritu a rastras. Con mis ahorros no podría comprar ni una docena de botellas de whisky. En el café había visto a cinco alumnos de René Avilés Fabila para asesorarlos en la escritura de una tesis.

El tema es el golpe al Excélsior de 1976 pero con un enfoque distinto. Sugerí que entrevistaran al golpista lo cual sería como entrevistar a Hitler en el infierno. Desecho equiparlo con Hussein. El problema, intuyo, es que las gringadas de Bush lo han convertido en mártir. Pagué ciento diez pesos de cuenta, el costo de una de JB de trescientos mililitros. En las novedades hallé una novela de Doctorow, el de Ragtime. Quise comprarla pero... Empecé a sentir hambre. En la esquina con Universidad entré al cajero de un banco. Aún no me hacían un depósito de dos mil pesos.

Resolví caminar todo Francisco Sosa, pero hay que tener buen ánimo o vivir ahí... Yo no tenía ánimos pero otra calle me hubiera puesto peor. Una chica se estacionó en Universidad y echó a andar con prisa hacia Los Viveros. Llevaba un pantalón cantinflesco. Se le veía la cintura y el trasero blancos y lo meneaba como si caminara rumbeando. Aceleré el paso. Por la radio oía a la Woodside. Puedo escucharla de once a trece treinta y

quedo conectado para el noticiero de López Dóriga. La prefiero porque así me entero de la realidad escuchando vida y obra de los artistas (celos, envidias, abortos) y no oyendo discursos y declaraciones inanes de políticos adocenados. Aquel traserito me entusiasmó y en el primer corte le cambié a Radio UNAM. Creí reconocer la pieza... Traserito se detuvo en la esquina con Francisco Sosa. Vio a un lado y a otro. Volvió sobre sus pasos. Nos cruzamos. Al verme desvió la vista hacia el poniente, evitándose. Debí pensar que yo era un viejo sucio y que si no estaba a esa hora en la oficina es porque me debatía en la viscosa rutina de la indigencia total. En el radio terminó "La muchacha de Argel", de Rossini y empezó "La urraca ladrona". Aquellos compases me inspiraron ánimos. Los de Rossini no los de Traserito Rumbeante. Un gringo viejo y una mujer como cubana, sesentona y gafas de miope, comían cacahuates en el pretil de una banca circular, a mitad de la banqueta, que rodea un añoso árbol. ¿Qué pasaría si ellos se hubieran conocido en Miami y estuvieran huyendo de la mafia gusana? Lo ignoro, tío, y no tengo tiempo para escribir esa novela. Ella me sonrió y yo le respondí con una mueca. Los hombres duros pierden elasticidad en los belfos, a



Edgar Mendoza

menos que sea para hociquear en la espalda baja moteada de lunares castaños de Traserito Blanco y Rumbeante.

Dentro de una combi, varios obreros estaban comiendo. Sólo alcancé a ver un toper rebosante de arroz porque tropecé con un mosaico desnivelado. El traspies distrajo mi hambre. Pude haberme comido un taco de mixhiote al salir de Gandhi pero estaba a hora y media de comer en casa. Francisco Sosa es para ratas y perros, tío. Pero si caminas abajo puedes salir despedido por un topetazo de coche. ¿Para que te cuento esto, si tú mejor que nadie lo sabe? Así que excepto frente a tu ex casa caminé con la vista en el piso. La calle es bonita pero debes caminarla a tu paso y con las manos entrelazadas sobre los riñones. Pero yo no puedo. Soy un estresado y había bebido dos cafés y tenía que llegar a casa a las dos pm a darle a la tecla una hora.

La cafetería al final de la calle estaba atestada de intelectuales. Crucé los jardines eludiendo desempleados, holgazanes y colegiales de pinta y llegué a otro banco. Iba a checar (del verbo to check) si el fisco me había devuelto mil setecientos pesos. Nada. Entonces conté las monedas y reuní sesenta pesos. Entré al mercado y compré dos billetes de lotería. Con ciento setenta pesos (el café, los cachitos) hubiera comprado la de JB pequeña y un kilo de nueces, de almendras y de cacahuates. La lotería puede salvarte del suicidio, mientras llega el siguiente día... Hasta hago planes para hacerme una palapa en Tapachula dotada de contraventanas eléctricas, luego de pagar mis deudas. En casa me comí un plátano. Luego me rasqué la coronilla y caminé como sarguato a mi computadora para teclearte estas líneas. ¿Será mañana otro día?

De cómo no matas a nadie

Son buenas noticias, tío Hugo. Las grandes editoriales tiran también mil ejemplares incluso de novelas. Si los cuentos se venden menos, según los estudios, entonces eres un best-seller con mil ejemplares vendidos de Chivo (y otros cuentos). Lo excelente sería que te lo reeditaran e invadieras el mercado nacional para que fueran detrás de ti otros autores regiomontanos y este soconusco, una vez abierto el camino. ¿O nomás saturaste el mercado norteno? Si has invadido un mercado es el de Monterrey, quiero suponer, ¿o también los ocho municipios conurbados? Mortiz no reedita. Los tirajes son de dos mil ejemplares y punto y se acabó. Es posible que te publiquen dos títulos o tres pero no

reediciones. Polvos ardientes de la Segunda Calle tuvo una edición de dos mil ejemplares en Mortiz y Muñerigo, otros dos mil en Planeta. Ambas están agotadas. La primera desde hace diecisiete años y la segunda desde hace once. También Diario de un amor intenso y Crónica de novela. De Muñequita de barrio ignoro todo. La coedición con el Fondo de Cultura Económica (1999, FCE) está maldita como maldito está mi séptimo mamotreto, incluso antes de publicarlo.

Necesito hacer una copia del séptimo para insistir en el apastillamiento. Henry Miller aconsejaba no dar "a leer" un texto transcurrido un año sin haberlo releído. En mi caso han pasado dos, mientras escribía el octavo y el noveno mamotretos. Este consejo puede interpretarse de muchas maneras. ¿Dárselo a leer a quién? ¿A un amigo o a una amiga? ¿A un editor? Es necesario releerlo para descubrirle errores y erratas que se dejan ver después de un tiempo de estar en reposo. Esa es también la causa por la cual no te dan ganas de leer un texto ya publicado. Aparte de que uno queda harto. Porque ¿si descubres un error o una errata, a toro pasado, qué hacer? Nada. Golpearle la frente... Se recomienda la relectura de un libro sólo cuando haya posibilidad de reeditararlo. Entonces le haces las correcciones necesarias.

Después de ocho años (al salir del semanario Época) he escrito cuatro libros y no he publicado ninguno. Eso de vivir como escritor tiene ventajas y desventajas, como la de no tener ingresos semanales o quincenales seguros. Cada escritor es un caso (cada cabeza es una barbacoa, dice un chilango) y no debe generalizarse. Porque tú puedes renunciar al empleo y encerrarte y escribir Cien años de soledad II en año y medio y vender treinta millones de ejemplares y resolver de por vida tu problema económico. Pero ¿y si no es así? ¿Y si ni siquiera te lo publican? Insistes y escribes el segundo libro y vuelve a ocurrir lo mismo. ¿Qué te queda? Desistir. Insistir. Buscar un empleo con menos remordimientos de conciencia, convencido de que ya viviste como soñabas vivir y de que te la pasaste de putamadre esos años. Te actualizas en tus lecturas, te mantienes al tanto de las novedades, etc. Pero ¿debes continuar así? ¿Escribir el quinto, el sexto libro mientras todo se derrumba a tu alrededor?

Te queda tomártela con calma. Es decir, volver al primer mamotreto no publicado y darle una revisada que en mi caso significa apastillada. Enseguida al segundo, y así. Mientras no te impulse de pronto el deseo frenético de escribir el quinto mamotreto

treto que sería inédito. Ese rayo que te cae sobre la mollera, o soplo diabólico que te lleva a sentarte a pergeñar un borrador que nunca sabes de qué extensión será y menos hacia dónde te lleva el salto al vacío. Entonces no podrás hacer nada más ni corregir los inéditos. Tienes que atacar esa tarea, que no lo es tanto porque lo disfrutas, y de paso inviertes tu tiempo. Sin que te importe lo que se ha derrumbado y que sólo veas ruinas cuando termines esa tarea. Que nunca termina, pero debes proponerlo para su publicación en la penúltima revisada. Enseguida de lo cual deberás volver al primer mamotreto inédito y al segundo, hasta que... Mientras tanto consigues no convertirte en asaltabancos ni en homicida.

Por qué identificar los géneros

Mira, tío Hugo, compararme con Pepe Alvarado es ya la consagración. Pero conozco mis limitaciones. No me chocholees. Claro, opongo resistencia a limitarme. Tu paisa erradicó el queísmo de sus textos, ¿recuerdas? Hizo escuela. Nuestro querido amigo Rafael Cardona es uno de sus alumnos. En sus artículos no hay un sólo que. Ignoro los propósitos del viejo Pepe Alvarado como para llegar a tal extremo. Tengo un libro de cuentos suyo pero ahí no le daba todavía la ventolera por tratar a los qués cual cucarachas. Para mí no es una meta. Vivo la etapa de contar historias redondas que atrapen al lector de principio a fin. Cuando lo consiga, o me sienta satisfecho, pasaré a darme el lujo de aniquilar pequeñeces, las dictadas por el temperamento, la idiosincrasia o las tripas. Después de luchar contra las cacofonías en el reporterismo, pugno por acabar con las sinalefas y con las aliteraciones, con los adverbios improcedentes, etcétera. Desde luego sin dejar de combatir el queísmo y otros vicios. ¡El méismo! Sin la plaga de los qués el escrito adquiere otro ritmo y acaso otra textura. Lo sé. Pero puedes malograr el resultado si te empeñas en esa masacre noble y descuidas las cacofonías y las sinalefas. Es enorme el cúmulo de yerros que frena la lectura y la entorpecen o recargan como te recarga de triglicéridos una exquisita cazuela de fritada de cabrito.

Respecto al género de las Turbocrónicas, comentaba el asunto con Petunia esta mañana. Es necesario identificar los géneros y hasta los subgéneros, he concluido después de años de oficio reporteril y de coordinar talleres de narrativa. Te ayuda mucho. Si conoces tus limitaciones y no puedes ser polígrafo como tu otro

paisano Alfonso Reyes, ¿por qué no reducir el campo de acción y concentrarte en el dominio de aquello para lo cual tienes cierta, aparente destreza? Cuando menos gusto. ¿Por qué no ser un buen short stop en lugar de perder el tiempo tratando de ser pitcher para lo cual estás incapacitado porque de tres lanzamientos te pegan tres jomrones? Un columnista tardó años en saber que su pretensión había sido escribir ensayos y, en el periodismo, artículos. Se lo dijo un periodista avezado. Desde luego, no tenía capacidad para el ensayo ni para el artículo. Quedó en columnista. Pero aún así desbarra todavía. De haberse dedicado desde el principio a la columna sería ahora un buen columnista. Otro ejemplo fue tu amigo aquel editor de un semanario desaparecido ya. Un día le dije, oye, tu revista es la única del mundo con noventa por ciento de su contenido de reportajes. Se irguió tanto como se lo permitía su estatura y vi que se inflaba como gorda caliente en el comal humeante. Así que le ensarté a este fantoche un verduguillo en el ombligo y expelió una flatulencia mefítica. El desequilibrio es tan absurdo, le dije, porque no publicas ni una entrevista y sí ocho o nueve dizque reportajes. Pero ni eran reportajes ni crónicas, eran meras notas informativas basadas en boletines y con la extensión del reportaje. De los géneros él sólo sabía distinguir la nota informativa, sin duda. ¿Cómo atendió mi crítica insana? Primero me bajó el sueldo y luego me corrió.

Pugno porque las Masturbocrónicas sean crónicas. A veces resultan un híbrido y no estoy en contra porque suelo incurrir en ello, en lo ecléctico. Hablé del asunto con Petunia porque Carlos Landeros acaba de publicar un libro, Yo, Elena Garro. Antes de leerlo, luego de echarle un vistazo, se lo pasé a Petunia. Como tú sabes, ella es fan de Elena Garro. Bueno, ambos. Estaba gustándole, dijo, porque ella coincidía con Landeros en cuanto al punto de vista. Hay muchos autores sobre la Garro, agregó ella, pero de textos mal escritos y con enfoque amarillista. Porque Landeros es una periodista y un escritor fino, le dije. Como la Garro, dijo Petunia. No me incluí, por supuesto. ¿Cómo si presumo de ser oriundo de la costa de la selva y de la frontera!? El libro de Landeros está hecho a base de cartas, entrevistas y opiniones del autor. Un híbrido. El híbrido se te facilita después de haber dominado cada uno de sus componentes. Como los domina Carlos Landeros. Por eso los viejos experimentados terminan rompiendo las barreras entre narrativa y ensayo, imagino, o entre crónica y reportaje. ¿Cómo la ves tú? ■